

MELWIN Y EL AMULETO ÉLFICO

Por Grór

Érase una vez en la Tierra Media un enano llamado Melwin. Como todos los enanos era rudo, fuerte y orgulloso. Volvía, junto al ejército de Dáin, a las Colinas de Hierro tras haber combatido en la Batalla de los Cinco Ejércitos. Melwin tenía entre sus compañeros el sobrenombre de ‘el Afortunado’, porque todo parecía salirle bien y nunca había sido herido en combate a pesar de que le gustaba ponerse siempre en primera línea. Luchaba con gran corazón, jamás desprotegía la espalda de sus compañeros y tenía una intuición, casi mágica, para evitar los golpes y los espadazos de los enemigos en el último momento. En aquella batalla, por primera vez, le habían herido en un brazo. No era grave, ya que su armadura había cumplido con su función, pero no dejaba de ser una sensación extraña para él.

Nadie vio cómo le habían herido, pero él sí sabía cómo había ocurrido. Durante las últimas refriegas, cuando las Águilas ya habían llegado y la batalla estaba decidida, Melwin seguía combatiendo contra orcos y trasgos cuando algo en el suelo llamó su atención. Junto a un elfo caído brillaba una joya muy especial. Tenía forma ovalada y estaba tallada en plata con diferentes brillantes y un gran rubí coronando un árbol dorado. Durante unos segundos perdió la noción del tiempo y el espacio y al alargar el brazo para recoger aquel pequeño tesoro sintió un golpe duro y seco contra su brazo. Uno de los pocos orcos que quedaban había aprovechado su despiste para herirle. Por fortuna, cuando iba a ser atacado por otro orco llegaron varios de sus compañeros y los abatieron a golpe de hacha.

Melwin, como el resto del ejército, caminaba cansado pero satisfecho. Una pequeña sombra se había apoderado de sus pensamientos en las últimas horas, pero no le dio mayor importancia.

Estaba deseando llegar a casa, limpiar sus vendajes, comer un poco de venado y, sobre todo, entrar en la intimidad de su habitación y contemplar aquel amuleto. Así es, en el tumulto que se produjo cuando llegaron sus compañeros para acabar con los orcos, Melwin cayó sobre la joya y aprovechó para cogerla y ocultarla bajo su armadura. Ahora

la tenía bien escondida en sus alforjas junto al resto de sus pertenencias. No se lo dijo a nadie. No quería mostrarla pues no se trataba de un botín capturado al enemigo, era una pertenencia de un aliado caído. Lo correcto hubiera sido dársela a un elfo del Bosque Negro al acabar la batalla. Él lo sabía, pero había sido cautivado por su belleza y lo único que deseaba era estar a solas para contemplarla con tranquilidad.

Al llegar a casa mantuvo con orden sus planes. Se limpió la herida del brazo y se puso un nuevo vendaje. Cenó un poco de carne y bebió una jarra de cerveza. Cuando estuvo saciado se dirigió a su habitación y allí, rebuscando en sus petates, dio con la joya y la sacó. La habitación, que estaba en penumbra, se iluminó ante el brillo de su superficie plateada y la luz proyectada por el árbol dorado, el rubí y los brillantes. Pequeños destellos de miles de colores se estrellaban contra las paredes de la estancia. El enano quedó maravillado ante esa belleza casi mágica y sólo aquella pequeña sombra, que iba creciendo en su interior, le impidió disfrutar por completo de aquel momento. Aunque para Melwin sólo pasaron unos pocos minutos, lo cierto es que estuvo cerca de dos horas contemplando el amuleto antes de marcharse a la cama.

#

Un sueño profundo e inquietante se apoderó de Melwin durante la noche. De un lado y de otro llegaban espadas orcas y mazos de trolls. Estaba dentro de la Batalla de los Cinco Ejércitos, pero no era él, era un elfo del Bosque Negro y en su pecho brillaba con luz propia la joya que ahora le pertenecía. De un salto, el enano se despertó, pero creyó seguir soñando porque ante él se dibujaba la figura de ese mismo elfo, pero ahora en forma de espíritu, etérea y rodeada por un halo de luz azulado. Antes de que Melwin pudiera mover ni un músculo, el elfo habló con una voz dulce pero potente:

- Melwin, hijo de Farfin. Soy Gílion, un soldado del ejército de Thranduil caído en la Sombra en la batalla en la que combatimos a trasgos, orcos y huargos al pie de la Montaña Solitaria. Mi muerte no se consumó del todo porque el amuleto que recogiste no ha sido entregado a mi pueblo. Hasta que no lo devuelvas al Bosque Negro y esté en poder de mi linaje no podré viajar a las Tierras Imperecederas a descansar junto a los míos bajo el refugio de los Valar. Vengo a interrumpir tu sueño para rogarte que lo devuelvas.

El orgulloso enano era desconfiado por naturaleza, pero más aún cuando había elfos por medio. Tampoco daba mucho crédito a lo que estaba viendo. Pensaba que estaba sumido en un extraño sueño, aunque todo era extrañamente real. Sin asustarse ante la aparición respondió con soberbia:

- Guerrero elfo, esa joya de la que hablas la gané en combate y fui herido por primera vez en mi vida al arriesgarme a alcanzarla. Me pertenece por derecho legítimo y no pienso entregarla y mucho menos a unos elfos del Bosque Negro. Que vengan a por ella si la quieren.

Desde el mundo los muertos, Gílion alzó un poco la voz y sentenció:

- Sea. Mientras tengas el amuleto de mi familia en tu poder y no cambies de actitud, la fortuna que siempre te ha sonreído te será esquiva. Ya has empezado a notar cierto pesar en tu corazón, lo sé. Esa culpa te seguirá persiguiendo y será mayor cada día. Emprende el viaje al Bosque Negro y ese oscuro sentimiento irá desapareciendo y tu suerte volverá contigo.

Dicho esto, el espíritu de Gílion se desvaneció dejando un halo blanco que se difuminó en miles de partículas diminutas que, como pequeñas estrellas, se fueron apagando.

#

A la mañana siguiente, Melwin se despertó cansado y de mal humor. No tenía la sensación de haber dormido ni cinco minutos, aunque llevaba varias horas en la cama. Un poco de hidromiel, abundante pan de semillas y carne seca seguro que le cambiarían el humor. Apenas recordaba el encuentro nocturno que había vivido. Pensaba que se trataba de un simple sueño, aunque no podía ignorar que una pequeña mancha seguía creciendo en su interior.

Al llegar a su despensa para prepararse el desayuno se llevó una desagradable sorpresa. Las ratas se habían hecho con todas sus provisiones y no habían dejado ni rastro de pan, queso o carne seca y para colmo habían volcado todos sus barriles de cerveza e hidromiel y no quedaba ni gota.

- ¡Maldita sea, nunca me había ocurrido algo semejante!, farfulló Melwin malhumorado.

Buena parte de la mañana la tuvo que empeñar en limpiar la despensa y, sin haber probado un bocado, salió a la calle en dirección a la herrería para dar un repaso a su armadura y a su hacha. La mala suerte no tardó en aparecer de nuevo pues al poner un pie en la calle piso un enorme excremento de poni. Melwin no podía creer que fuera cierto:

- ¡Rayos, qué mala pata! - se lamentó.

Con un mal humor creciente, llegó a la herrería con sus pertrechos de guerra dispuesto a realizar una sencilla reparación de sus pertenencias. Lo que no esperaba era encontrarse una cola con más de cien guerreros enanos esperando su turno para reparar sus armas. Todo el tiempo que había gastado limpiando la despensa y deshaciéndose del excremento de poni de sus botas le había rezagado.

Dos horas después llegó su turno. El último enano del ejército de Dáin en llegar a la herrería de la ciudad. Palkin, el herrero, le miró sorprendido, pues Melwin siempre era de los primeros en llegar tras una batalla y nunca había llevado su armadura ya que jamás le habían herido:

- Saludos, Melwin el Afortunado, ¿qué me traes aquí?, preguntó Palkin.

- Nada importante, sólo algún rasguño en la armadura y la hoja de mi hacha necesita un repaso.

Palkin observó todo el material y negó con la cabeza.

- Qué mala suerte, Melwin. Los cortes sobre la armadura son más profundos de lo que parecen y la hoja está muy desgastada. Creo que esta vez la reparación te va a salir más cara de lo habitual.

Sin ganas de discutir, Melwin se encogió de hombros y aceptó la sentencia del herrero pues tenía fama de honrado. Nunca cobraba de más ni hacía reparaciones innecesarias. Pero justo antes de marcharse le molestó el comentario que Palkin dejó en el aire como una reflexión en voz alta:

- Parece que Melwin el Afortunado ha sido esta vez Melwin el Desdichado.

No quiso darle mayor importancia y volvió a la calle. La jornada transcurrió con más normalidad, pero el guerrero empezaba a notar un peso sobre sus hombros, como si llevara unos fardos de paja atados a su espalda.

Al caer la tarde y encerrarse en su habitación volvió a contemplar la joya de Gílion. Casi sin luz en la estancia, el rojo del rubí se fundía con los miles de colores de los brillantes y el dorado del árbol que se dibujaba sobre la figura ovalada de plata. Todos los malos momentos del día quedaron olvidados y durante horas escrudiñó maravillado cada detalle de la joya hasta que el sueño le venció y cayó dormido sobre el escritorio.

#

Apenas empezó a roncar, notó un leve susurro y ante sí apareció de nuevo la figura espectral de Gílion, el guerrero elfo.

- ¿Qué quieres? Ya te dije que olvidaras de la joya. Es mía y me pertenece. – dijo muy malhumorado el enano.

- Melwin, ¿no te basta con lo que has visto hoy? Tu suerte te ha abandonado y pronto la desgracia no sólo caerá sobre ti, también lo hará sobre aquellos que te rodean. No es mi intención que te pase ningún mal, pero debo advertirte de que corres un grave peligro si no emprendes el viaje hacia el Bosque Negro. Esa joya no te pertenece y tú lo sabes. Tu culpa sigue creciendo y es una carga que ya estás notando al caminar. Entrega la joya a mi pueblo y serás liberado.

Aquello era demasiado real para tratarse de otro sueño y era cierto que ya estaba notando una gran culpa, pero su orgullo era más fuerte y Melwin se negó a dar su brazo a torcer.

- ¡Maldito elfo! No fue mi culpa que te abatieran en el campo de batalla. Esa reliquia se puso a mi alcance y la reclamé para mí. Vete olvidando de ella porque se quedará en las Colinas de Hierro para siempre.

Con un gesto de tristeza, Gílion aceptó las palabras del enano y desapareció de nuevo dejando unas palabras de despedida:

- Es tu voluntad. Tendrás que asumir las consecuencias.

#

Con la cabeza sobre el escritorio y una babilla blancuzca cayendo por la comisura de sus labios, Melwin abrió los ojos. Le costó un tiempo despertarse del todo y darse cuenta de que había dormido sentado toda la noche. Sentía dolor por todo el cuerpo y una carga cada vez más pesada sobre sus hombros. Se dispuso a prepararse un buen desayuno que ahuyentara todos sus males. Al llegar a la cocina reparó en que tenía la despensa vacía y no había tenido tiempo de comprar provisiones así que se marchó directamente a la taberna antes de ir al mercado a por comida y bebida abundante.

Fue poner un pie en la calle y volver a pisar el enorme excremento de poni del día anterior. Nadie lo había limpiado y ahí seguía esperándole. Esta vez Melwin se lo tomó con filosofía y, sin maldecir ni decir ningún improperio, emprendió el camino hacia la taberna más concurrida de la ciudad. Era un camino corto, pero se le hizo eterno y muy pesado. Sobre sus espaldas parecía que cargaba con todos los problemas de toda la Tierra Media.

Al llegar se sentó en la primera mesa que encontró y pidió a gritos una gran jarra de cerveza y una fuente repleta de pan de semillas y carne seca. Estaba hambriento. En cuanto le sirvieron, comió y bebió como si no lo hubiera hecho en toda la vida. Llegó a pedir otras dos jarras de cerveza y otra fuente de carne, ante la mirada de asombro del tabernero, que jamás había visto esa voracidad y eso que estaba acostumbrado a servir a enanos fuertes y rudos de las Colinas de Hierro.

Con el estómago lleno y con mejor carácter, Melwin se dispuso a ir al mercado. De lo que no se libraba era de esa mancha que seguía creciendo en su interior. A medio camino empezó a encontrarse mal. Unos pinchazos en el estómago fueron el primer aviso. Había comido demasiado y, aunque en ese momento no se dio cuenta, parecía que la carne no estaba en muy buen estado. El color de su piel empezó a volverse verde y por su frente le caía un mar de sudor. A duras penas llegó al barrio del mercado con la esperanza de que alguien le ayudara, pero cual fue su sorpresa que, con la vista ya borrosa, vio una hueste huargos atacando a los mercaderes y clientes.

Su instinto de guerrero le hizo buscar el hacha en su espalda a pesar de que casi no podía tenerse en pie cuando se dio cuenta de que no iba armado. Qué mala suerte. Incluso en la seguridad de su ciudad natal, siempre le gustaba ir con su hacha. Aquel día había salido

con tanta hambre de casa que no había cogido su hacha de reserva, ya que la principal seguía en la herrería.

La cabeza empezaba a darle vueltas, sentía un fuego abrasador dentro de su cuerpo y un odio negro en lo más profundo de su corazón. Antes de perder el sentido y caer de espaldas, sintió la llegada de los guardias de la ciudad y de un pequeño destacamento de soldados que habían llegado para repeler a los huargos.

- ¡A por ellos! ¡A por ellos!, fue lo único que escuchó, como un eco lejano, antes de perder el sentido.

#

En la oscuridad más profunda, Melwin ya se disponía a esperar la llegada de Gílion para retarle y maldecirle, pero el soldado elfo no apareció. En su lugar, Melwin abrió los ojos en sueños y se vio, por sorpresa, dentro de las huestes del Rey Thranduil. ¡Estaba dentro del cuerpo de un elfo!

¡Qué locura tan siniestra! Las sorpresas no iban a acabar. Ante su recién estrenada mirada élfica se alzaba la Montaña Solitaria y la desenfrenada lucha entre los cinco ejércitos. El enano estaba dentro del cuerpo de aquel elfo, pero no controlaba sus movimientos. Estaba viviendo algo que ya había sucedido.

Con la velocidad del rayo y ante el asombro de Melwin, el elfo disparaba su arco e iba abatiendo orcos uno tras otro, casi siempre con disparos certeros en el cuello o en la cabeza. Había que reconocer que esos ‘orejas puntiagudas’ sabían utilizar el arco.

Una sombra recorrió su campo de visión y se vio de nuevo en el mismo cuerpo, pero ya con la batalla más avanzada. La victoria era inminente. Como un foganazo, la mirada élfica se detuvo en un enano que combatía con bravura contra varios orcos. ¡Era él mismo! El elfo estaba divisando a Melwin mientras embestía contra varios enemigos y conseguía mutilarlos con su hacha. Qué extraña sensación era verse luchando desde la mirada de otro.

Aunque la batalla estaba ganada, todavía quedaban algunos orcos, huargos y trasgos que, arrinconados en medio de la carnicería, querían abrirse paso para huir. El elfo se fijó en dos trasgos que iban a atacar por la espalda a Melwin en su desesperado intento por escapar de la muerte. Se llevó la mano al carcaj, pero ya no tenía flechas. Aunque nunca lo hubiera imaginado, el elfo rompió su propia formación para llegar hasta el enano y

salvarle la vida. Su agilidad le permitió llegar a tiempo y con dos golpes de espada rebanó la cabeza a los trasgos en un movimiento acrobático con tan mala fortuna que, al apoyar los pies en el suelo pisó la cabeza de un enemigo, se resbaló y cayó de espaldas. Antes de que pudiera incorporarse, sintió un acero frío atravesándole el pecho. Un orco había aprovechado su caída para matarle a traición.

Lo último que vieron sus ojos, y ahora los de Melwin, fue una joya salir despedida de la coraza de la armadura. Su forma ovalada y plateada, con incrustaciones de brillantes y un gran rubí coronando un árbol dorado, brilló a la luz del sol antes de caer al suelo junto a él. Hizo un último intento por agarrar el amuleto de su linaje, pero ya no tenía fuerzas. Sus ojos se cerraron y murió.

Melwin, entre sudores en su propio sueño, lo entendió todo. Gílion había muerto por salvarle y, en cierto modo, la fortuna le había legado su joya para que la cuidara y la hiciera llegar a su familia. Intentó despertar para salir de aquella pesadilla, pero le fue del todo imposible. El sueño dejó caer ante él un velo negro. Tras unos segundos de oscuridad contempló el campo de batalla con centenares de caídos. Ya no estaba en los ojos de Gílion. Ahora lo veía todo desde el mundo espectral. De los cuerpos de los elfos emergieron unas formas fantasmales. Eran las mismas figuras, pero transparentes y cubiertas por un halo blanco. Todas emprendieron el camino hacia el Oeste, menos una que se quedó quieta como esperando a que algo ocurriera. Era Gílion. Su espíritu no podía viajar con el resto a las Tierras Imperecederas para descansar junto a los Valar porque había perdido su joya y no estaba en poder de su pueblo. Melwin, desde su posición, le vio marchar pesadamente hacia el Este en busca de las Colinas de Hierro. En busca de su amuleto.

El sueño era cada vez más insoportable, pero tenía tal poder que impedía a Melwin despertar. Una vez más, volvió a caer un velo negro y durante unos segundos volvió a encontrarse a oscuras. Se hizo la luz y se encontró en otro lugar diferente, desconocido para él. En el horizonte se dibujaba la salida del sol y un mar inmenso. Estaba en un puerto y sólo acertó a distinguir a un grupo de elfos que, con paso ceremonial y hermosos cantos, se dirigían hacia las dos únicas embarcaciones que había atracadas. Al pie de una de ellas vio a Gílion y a un par de figuras espectrales más. Eran los últimos elfos que se marchaban de la Tierra Media. Los que se quedaban atrás tendrían que vagar entre las sombras mientras el mundo existiera.

Con su acto de avaricia Melwin había condenado al linaje de Gílion a una eternidad sin rumbo ni destino y al mismo tiempo había traído la desgracia a su casa y a su propio pueblo. Su corazón se había ennegrecido y había perdido la fortuna que siempre le había acompañado.

Comprendió que sólo había una forma de frenar todo aquello. Devolvería la joya. Viajaría al Bosque Negro y haría lo que tenía que haber hecho desde el primer momento. En el mismo instante en el que, dentro de su propio sueño, Melwin había tomado la decisión, abrió los ojos y se despertó.

#

Lo primero que vio fue a uno de los sanadores de la ciudad mirarle con gesto de sorpresa:

- ¡Melwin, por fin has despertado! ¡Llevas días durmiendo entre delirios! Pensamos que ya nunca despertarías. ¿Qué te ha sucedido?

El enano sólo le contó la parte de la comida y la bebida en mal estado y de un salto se puso en pie. Tenía más energía de la que cabría esperar teniendo en cuenta que sólo le habían podido dar unos caldos y un poco de agua mientras dormía. Cogió víveres y se marchó corriendo a casa. Casi no reparó en el hecho de que ya no sentía ninguna pesada carga en la espalda. La mancha de su interior iba desapareciendo. Volvía a ser el de siempre.

Entró como una centella en su hogar y se preparó para el viaje hacia el Bosque Negro. Eran cuatro jornadas a paso ligero de enano. Al terminar, no se le olvidó coger su hacha de reserva y, por supuesto, el amuleto élfico. Lo examinó en su mano con una mirada diferente. Era hermoso, sí, pero no le pertenecía. Pasó su dedo índice por la forma del árbol dorado y se dijo a sí mismo:

- Lo siento. Qué estúpido y qué avaricioso he sido.

Hundió el talismán dentro de sus alforjas y salió de casa dando un salto por encima del gran excremento de poni que ya llevaba dos días en la puerta de su casa. Sonrió y, por el centro del camino, emprendió el viaje hacia el Bosque Negro cantando y de muy buen humor.

#

En la noche de su segunda jornada de viaje, Melwin estaba cenando un poco de venado. Había tenido suerte de ver una gran pieza de caza al borde del camino unas horas antes. Mientras degustaba el sabor de la carne miraba las estrellas y su mente viajó hacía tiempos remotos en los que no existía tanta enemistad entre enanos y elfos. Con ese pensamiento terminó de comer y se echó a dormir.

Aquella noche, de forma inesperada, apareció de nuevo la forma de Gílion ante él. En esta ocasión no la percibía como una figura amenazante ni lejana. Veía y sentía al elfo casi como si estuviera de verdad ante él:

- Vengo en paz, Melwin, hijo de Farfin. Tu corazón ya está liberado y tu destino se ha escrito gracias a tu voluntad de devolver la joya a mi linaje – dijo la espectral forma del soldado elfo.

- Extrañas palabras las tuyas, Gílion del Bosque Negro. Mi última visión fue reveladora y me descubrió mi error. Por otro lado, dejó en mí una gran duda y por ello agradezco que hayas venido porque así tendré la oportunidad de hacerte la pregunta que me he estado haciendo desde hace dos días.

- Dime guerrero enano, ¿Qué es lo que quieres saber?

Melwin tragó saliva y contuvo durante un par de segundos la respiración:

- ¿Por qué me salvaste? ¿Por qué arriesgaste tu vida por un enano? ¿Por qué rompiste la formación de tu batallón para venir en mi auxilio?

El espíritu de Gílion pareció apagarse durante un instante, pero de inmediato volvió a iluminarse y su voz sonó más fuerte y clara que nunca:

- Era lo que debía hacer. Me sorprendió tu bravura en combate y percibí el peligro que te acechaba. Algo dentro de mí me llamó a ir en tu ayuda. Algo más grande que el odio y la desconfianza que siempre me ha generado tu raza. Entendí que por encima de nuestras diferencias está aquello que nos une. Vi en tu forma de combatir nobleza, honor y valentía y por ello acudí a salvarte.

El enano se sintió halagado. No dudó en dar réplica al espíritu de Gílion:

- Ciertamente a mí también me sorprendió verte combatir en el sueño. Sabía que eráis rápidos y letales, pero no entendía hasta qué punto. Me alegro de que en aquella batalla fuéramos aliados y no enemigos. ¿Cómo habéis aprendido a ser tan certeros con el arco? – preguntó ya confiado el enano.

- Bueno, la práctica durante miles de años ayuda mucho – repuso el elfo con tono amistoso.

Y así, durante toda la noche, Melwin y el espectro de Gílion conversaron sobre sus hazañas y aventuras, sobre las costumbres de cada uno de sus pueblos y sobre la enemistad que les unía contra orcos, trasgos, trolls y huargos.

Unos segundos antes de que apareciera el primer rayo de sol, Gílion, que empezaba a evaporarse en el aire, le dejó un último mensaje al enano:

- Dale el amuleto a mi hijo, Mallendûr. Él te estará esperando. Hasta siempre Melwin, hijo de Farfin. Namárië.

- Namárië. – respondió Melwin, pues sabía lo que esa palabra significaba.

Y la forma de Gílion se disolvió ante los ojos del enano dejando tan sólo un destello de millones de partículas de polvo que brillaron antes de desaparecer.

#

A la mañana de la cuarta jornada de viaje, los pasos de Melwin llegaron hasta el Bosque Negro. Se adentró con determinación, pero siempre alerta pues sabía que no era un lugar seguro incluso en aquellos tiempos en los que orcos y trasgos habían huido tras ser derrotados. Cuando apenas había dado unos pasos en el camino, apareció ante él una patrulla de soldados del Rey Thranduil. El comandante dio un paso al frente y sorprendió a Melwin con un tono cordial:

- Saludos, guerrero enano, te estábamos esperando. Acompáñanos.

Melwin dudó durante unos segundos, pero recordó las palabras de Gílion. Sabían que iba a llegar. Así que rompió la incómoda espera de los guardias reales y con tono confiado sentenció:

- Por supuesto, vengo en busca de Mallendûr, hijo de Gílion – dijo el enano sin dudar.

- Lo sabemos. Nos están esperando. Si vamos a paso ligero llegaremos al atardecer.

Al entrar en la ciudad de los elfos en el Bosque Negro, Melwin no pudo contener un gesto de asombro. Aunque había sido educado para desdeñar los refinamientos ornamentales tan del gusto de los elfos, tenía que admitir que aquellas estancias eran hermosas. Percibía, no obstante, cierto tono de decadencia en todo lo que le rodeaba, como el brillo de un esplendor que se ha ido apagando con los años y que ahora ofrece sus últimos destellos.

Al fin, llegaron hasta la casa de Gílion en cuya puerta había un grupo de cinco elfos. Uno de ellos, el que por aspecto y estatura parecía que no había alcanzado la madurez, dio un paso al frente e hizo una leve reverencia que sorprendió a Melwin.

- Saludos, guerrero enano. Soy Mallendûr, hijo de Gílion. Es un honor conocer al soldado del Rey Dáin por el que mi padre decidió arriesgar su vida.

Melwin respondió con otra reverencia que fue bien acogida por todos los presentes y sin esperar a más actos ceremoniales extrajo de sus alforjas el amuleto. En cuanto sacó la joya, esta brilló de una forma que hasta ese momento Melwin no había conocido. Los tonos dorados y plateados se fundían con el destello rojo del rubí e inundaban con luz y color todo el lugar.

La avaricia de Melwin, que unos días atrás le habría impedido estirar la mano para entregar la joya, había sido enterrada. Su odio por los elfos había desaparecido y entendía que estaba haciendo lo correcto.

- Mallendûr, te entrego esta reliquia, símbolo de tu familia, para que tu padre Gílion emprenda el viaje junto a los Valar y para que lo defiendas y protejas como lo hizo él en vida.

En el momento en el que Mallendûr cogió la joya, el brillo se atenuó un poco y una leve brisa recorrió el rostro de los presentes. Todos sabían lo que significaba pues dentro del Bosque Negro no existía la brisa. El espíritu de Gílion había sido liberado.

En su hogar, que ahora pertenecía a Mallendûr, fue un día de festejos en el que se recordó a los caídos en la Batalla de los Cinco Ejércitos con canciones y poemas. Melwin se deleitó con los cantos élficos e incluso se atrevió a entonar algunas de las más célebres

canciones del ejército de las Colinas de Hierro. Durante unas horas, el enano y los elfos del Bosque Negro olvidaron siglos y siglos de enemistad y desconfianza. Durante ese día, recordaron la importancia de estar unidos ante la Sombra que se cernía sobre ellos.

Y Melwin, entre sonrisas y gestos de amistad, recordó por un breve instante el peligro de la avaricia y se prometió en secreto que jamás tomaría algo que no era suyo y que defendería siempre a cualquiera que hiciera frente a aquellos que ponían el peligro la paz y la armonía en la Tierra Media.

Fin